

—Nadie, sino yo y el coronel Fritz. — Estoy seguro del coronel.

—¡Ah!... exclamó el doctor, envolviéndole de nuevo con esa singular mirada clara azul, viva como una llama, que le era particular. Entonces, nada mas sencillo que ganar tiempo. Madama de Puysaie está muy enferma, yo mismo lo afirmaré y cada día vendré á hacerla dos ó tres visitas. Al cabo de algunos días, si es necesario, la enviaremos al campo, á las aguas... ¿qué sé yo?

—Eso no podrá durar largo tiempo, exclamó el conde. Ya sabéis que el mundo tiene ojos capaces de leer á través de las paredes, oídos para los cuales todo es perceptible, hasta el pensamiento mas íntimo. Antes de quince días, se divulgará nuestro secreto hasta por los tejados.

—De ese modo, respondió friamente el doctor Ozam, preciso es que madama de Puysaie sea encontrada antes de quince días.

—Pero ¿dónde? ¿cómo?... ¡La policía!... Había pensado en ello al principio... Pero ¿no sería ese el medio mas seguro para difundir mas pronto los rumores que queremos ocultar?

—Por eso no he querido yo hablar de la policía.

—En ese caso ¿qué medio?

—Está indicado en esta carta, señor conde; renunciad al casamiento de vuestra hija.

—¡Jamás! exclamó violentamente M. de Puysaie.

—Hareis lo que os plazca, dijo el doctor Ozam. Y sin embargo, — os lo repito, — yo que conozco bien á M. Matifay, puesto que he cuidado en otro tiempo á su hija adoptiva,

—os aconsejo, personalmente, que renunciéis á ese casamiento.

—¿Acaso sabriais...?

—Nada absolutamente, puesto que olvido todos los secretos que se me confían. Reflexionad, no obstante, señor conde. Por ahora, yo me encargo de despedir á vuestros convidados, sin que ninguno sospeche el secreto de esta pequeña comedia medical.

Cinco minutos despues del fin de esta conversacion, la pesada puerta cochera se cerraba con ruido tras del último coche, y el conde de Puysaie quedaba solo, en medio de un pueblo de sirvientes, en un palacio desierto.

Solo, muy solo, puesto que estaba convencido de que Cipriana no era hija suya.

Por lo que respecta á Cipriana, á quien se dejaba todavía ignorar la verdad, y á quien no se permitía, no obstante, penetrar en el cuarto de su madre, so pretexto de contagio, — veía, es verdad, su casamiento aplazado, pero no roto.

Por otra parte, aquella enfermedad misteriosa la sumergía en un mundo de lúgubres suposiciones.

¿Quién sabe si el conde no había sido capaz, en un momento de cólera...?

Y entonces la pobre niña se acusaba. Ella hubiera debido ocultar mas completamente sus repugnancias para no provocar un conflicto entre su padre y su madre...

De modo que el rico palacio, de tan lujosa apariencia, no ocultaba sino miseria, ruina, desesperacion.

¡Felices los ricos!

SEGUNDA PARTE

Un Empresario de vicios.

I

EL CAFÉ DE LOS BANDIDOS.

No era una de esas tabernas cuyo prototipo ha sido descrito por Eugenio Sue. El café de que se trata aquí tenía una de sus fachadas en el cuadrado de los Mercados, la otra daba á la calle de Rambuteau. Dorado, provisto en el primer piso de dos billares de caoba, alumbrado con gas, bien acreditado y sin ninguna apariencia siniestra.

Su clientela se componía á la vez de pequeños rentistas de la vecindad, que venían todas las noches, desde las nueve hasta las once, á jugar su partida en el primer piso, y de numerosos empleados del mereado, que invadían el piso bajo en el momento en que los clientes de arriba iban á dormir. Por eso el piso bajo no ofrecía las apariencias lujosas del primero; se componía meramente de un largo corredor medio cerrado por un mostrador forrado de estaño; cerca de la puerta, la ostrera y el mandadero de rigor; en el pavimento, una espesa capa de paja mojada, desmenuzada y manchada por los piés de los consumidores; en el fondo, una escalera de caracol, de donde de tiempo en tiempo descendían dando vueltas como un torbellino los delantales blancos de los mozos; eso era todo.

A mano derecha, una puerta daba á una pieza lateral, algunas gradas mas baja, llamada « *la buvette* », y también la bodega. Este reducto, muy poco terrible por otra parte, era el que se designaba mas especialmente con el nombre lúgubre de: *Café de los Bandidos*.

Los mas antiguos parroquianos del café referían una leyenda acerca de este título.

Parece que en otro tiempo, — ¿hacia veinte años ó seis meses? nadie hubiera podido decirlo, — se había apesado, durmiendo la borrachera del crimen sobre una mesa de pino, manchada de vino, á dos hombres que acababan de asesinar á una pobre revendedora de la calle Montmartre.

¿Cómo se llamaba esta revendedora y cómo se llamaban estos hombres? Nadie lo recuerda. Pero ¿qué importa? Este acontecimiento había llamado la atención sobre el café-taberna, entonces poco acreditado. Primero vino la gente por curiosidad, luego por costumbre, y el Café de los Bandidos se había aprovechado de este reclamo de sangre.

Hoy, á despecho de la tradición, nada mas inocente que este lugar, donde los estudiantes de primer año y los aprendices literarios, excitados por la lectura de los *Misterios de Paris*, vienen á buscar emociones fáciles. Cinco ó seis cargadores del mercado vaciaban fraternalmente una botella; nuestro amigo José y Clemente, en pié delante del mostrador, bebían su vaso de rosoli con agua, y un sólo grupo hubiera podido llamar la atención de aficionados á lo pintoresco.

Este grupo estaba compuesto de Jacquemin y Chinela.

Jacquemin, apoyado en los codos, miraba con aire absorto el fondo de su vaso, y, en frente de él, Chinela se rascaba melancólicamente la punta de su nariz roja.

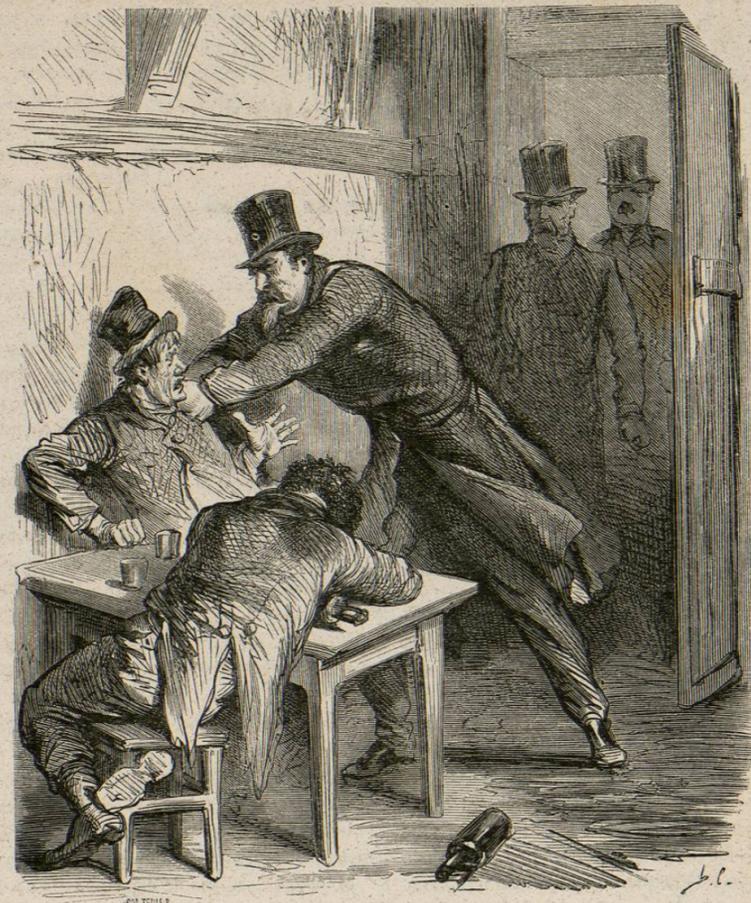
M. Gigant acababa de dejarlos y ellos reflexionaban sobre la promesa que habían hecho.

A pesar del embrutecimiento de la borrachera, alguna cosa parecida á un remordimiento se agitaba confusamente en el fondo de sus almas. La sombría acción, á la cual acababan de comprometerse uno y otro, les repugnaba. Chinela atormentaba en el fondo de su bolsillo los luses de oro que acababa de darle el tentador, como un « á cuenta » del precio de su conciencia, y repetía como un refrán las últimas palabras que había pronunciado.

— Podré dar algunos consuelos á la Pippione.

¿Era esto una excusa á la traición? Intentaba demostrarlo y no podía conseguirlo. — ¡Qué! Ursula había sido desde hace largas semanas el ángel guardian de su hija, había velado cerca de su lecho, compuesto su ropa hecha pingajos, restablecido un poco de alegría en aquel tugurio donde se extinguía una agonizante, y él iba á secundar un rapto odioso, pues la explicación de M. Gigant no había llegado á convencerle, y él sabía bien que se trataba realmente de un rapto.

En cuanto á Jacquemin, ¿qué veía en el fondo de su vaso? Su vida tan bella, tan honrada, tan feliz en otro tiempo,



El cuarto bajo del Café de los Bandidos.

perdida á la hora presente; y con una mirada espantada, media el espacio atravesado con tanta rapidez.

Con tanta rapidez, y sin embargo, aquellos años pasados como un sueño habían contenido una eternidad de desesperación.

En otro tiempo era honrado, laborioso, feliz; luego había venido el desorden, las largas horas pasadas errante de taberna en taberna, los largos días de embrutecimiento, consecuencia inevitable de su vida desordenada, y hoy, consecuencia final, el desarreglo que termina en el crimen.

Porque Jacquemin tampoco se hacía ilusiones sobre la pureza de las intenciones de M. Gigant; sabía bien que era un crimen el que iba á cometer.

¡Pues bien! ¡tanto mejor! Haría pues sufrir á alguno á su vez: no pudiendo vengarse de la que le había perdido, saciaría su sed de odio sobre otra y la atormentaría como él mismo había sido atormentado.

Se la representaba pura, casta, confiada, tal cual en otro tiempo había sido Celina. Luego, entregada á algun rico raptor, envilecida, manchada, habituándose poco á poco al vicio y haciéndose al fin lo que era hoy Nini Moustache.

Y se decía: Está bien hecho: que sufra como los demás, que lllore, puesto que yo he llorado; que llegue á ser vil é infame, ya que aquella tan amada mía es infame y vil.

Así, Satanás, excluido del paraíso, quisiera, si pudiera, poblar su infierno con los ángeles del cielo.

Además de estas ideas feroces, Luis sacaba otro estímulo, puesto que Celina no había tenido la fuerza de elevarse hasta él, encontraba cierta amarga alegría en descender hasta ella. « Si soy lo que soy, se decía, ella es quien lo ha querido. »

Y cogiendo su vaso, intentaba beberlo aunque estaba vacío.

Sin embargo, en frente de ese fantasma siempre presente

delante de sus ojos años hacia, Nini Moustache, su cerebro alucinado apercibía otro. Celina había sido su mal genio; su fatal pasión por ella es la que, de grada en grada, le ha hecho descender la escala del vicio y del crimen. El otro, al contrario, con su mano tendida, le designaba una vía más penosa quizás, más larga, pero más digna.

Y una voz dulce y firme á la vez murmuraba en su oído, entre los humos de la embriaguez, y le decía:

— Ven con nosotros, hermano mío; olvida tu indigno amor, renégate en la paciencia y el trabajo. La mano ocupada hace el espíritu libre, los días laboriosos del taller hacen las noches tranquilas y dan el sueño apacible de las buenas conciencias. Tú crees olvidar en la embriaguez, pobre loco, y no haces más que exasperar las mordeduras del recuerdo.

Esta forma se le había aparecido; esta voz la había oído en todas las circunstancias graves de su vida. Este consolador, este benévolo consejero le había perseguido por doquiera; en la taberna y en la bohardilla donde se duerme por la noche; en el momento mismo en que, desesperado, pronto á rodar en fin al fango en que hoy metía deliberadamente el pie, siempre este protector había llegado á tiempo, le había puesto la mano en el hombro y le había dicho:

— Jacquemin, es menester no hacer eso.

Y, sin reproches, con una autoridad paternal, le había llevado, socorrido y sostenido; había allanado bajo sus plantas la vía ruda de la vuelta al bien, guiado sus voluntades vacilantes, ensayado en fin de infundirle esa fuerza sin la cual las más animosas resoluciones son inútiles: la perseverancia.

¡Oh! ¡si viniera otra vez! Jacquemin sentía que todavía sería salvado de nuevo. Pero no, ese buen genio le había sin duda abandonado; engañado siempre con protestas seguidas desde el día siguiente de una falta más grave, el buen genio debía haber renunciado á esta tarea ingrata.

Y levantando con una mano cada vez más pesada su vaso vacío, Jacquemin exclamaba:

— ¡Mejor que mejor! que me abandone á mi destino, puesto que soy un maldecido.

La velada avanzaba, la noche cada vez más sombría invadía la cueva, y á medida que se condensaba, la sombra opaca de la desesperación pesaba más y más en las ideas de Jacquemin. Había llegado á ese período de la embriaguez en que la bestia prevalece sobre el alma, en que el bruto cae como un tronco bajo el peso del sueño; así, su cabeza aletargada se inclinó sobre su brazo replegado, y Chinela le sacudió en balde para despertarle; entonces se inclinó hacia su oído para hacerle algunas recomendaciones, á las cuales no dió respuesta alguna, y finalmente se levantó él mismo tambaleándose.

¡Bah! dijo para sí el italiano, la cosa es para media noche. Va á dormir muy tranquilo en ese rincón, y estoy seguro de que no se moverá durante largo tiempo. Vamos á preparar todo allá abajo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Pasó su mano por su frente como para coordinar sus ideas turbadas, y murmuró:

— Es menester atraer á la vecina al cuarto de la Pippione... ¡Eh! ¡eh! ¿es linda la vecina?...

Se echó á reír, mas de pronto se detuvo y se puso muy pálido.

— ¡Ah! ¡bah! añadió haciendo chasquear sus dedos, la Pippione tendrá algunos consuelos.

Y salió dificultosamente, tropezando en las mesas.

Un mozo del café entró para encender « las luces de la cueva. » Luis se enderezó trabajosamente sobre su codo y ahogó en su garganta un grito medio de angustia, medio de alegría.

Una mano firme y nerviosa se había puesto sobre su hombro, y delante de él permanecía en pie la forma esbelta de José Rozel.

¡Sí! era José Rozel que estaba en pie delante de Jacquemin; era el consejero y el consolador tan largo tiempo llamado por el desgraciado en los desfallecimientos de su duda.

Con gusto se hubiera arrojado al cuello suyo, con gusto hubiera gritado:

— Sálvame, llévame de aquí, arráncame del horrible compromiso que acabo de contraer.

Pero no se atrevía á hacerlo; tenía vergüenza.

— Hermano, dijo Rozel, tú me habías jurado, apenas hace algunos días, que ya no beberías más y que volverías á casa de Clemente; — hoy te encuentro en esta taberna; muy mal hecho.

Ya sabes sin embargo lo que te he prometido para el caso en que tu conducta cambiase.

— Sí, murmuró Jacquemin, que se me devolvería á mi madre, ¡que se ha visto obligada á huir de mí! — ¡Oh! M. José, ¡hacéis mal en obstinaros en salvarme! ¡Soy un perdido, sí, un perdido, muy perdido!

Una gruesa lágrima se asomó al borde de sus pestañas y cayó en su mano.

José le enseñó esta lágrima.

— No está uno tan perdido, dijo, cuando se puede todavía llorar.

— ¡Oh! ¡si supierais! exclamó Luis.

José dejó ver una misteriosa sonrisa.

— Por ti mismo has experimentado que sé todo, al menos de lo que te concierne.

— Es verdad, murmuró Jacquemin; vos me habeis sorprendido robando al patrón, para que nada faltase á mi vergüenza, ni aun el robo. Vos me habeis detenido la mano, habeis pagado mis deudas con vuestros ahorros, me habeis salvado de la prisión ó del suicidio, ¡es verdad! Creo que si alguno hubiera podido hacerme entrar en el buen camino, habríais sido vos; pero ved, M. José, esa es una tarea imposible. Estoy lleno de buenas resoluciones al pronto; pero luego la encuentro, y ya no tengo ánimo para nada. Entonces necesito beber, vender mis herramientas, mis vestidos, todo para beber... Pero llega el momento en que no tiene uno dinero para beber; entonces... lo toma uno donde lo encuentra. ¡No era uno más que un desgraciado y un cobarde, y se convierte uno en villano!

La misma misteriosa sonrisa revoloteaba siempre en los labios de José.

— Entonces, dijo, mi pobre Luis, cuando tu corazón está triste y tu bolsa vacía, ¿te sientes capaz de todo!

— ¡Ay! sí, murmuró Jacquemin, y todas las promesas que os haga, mirad, no las cumpliré. Ya no hay nada aquí.

Y con su mano tendida, se golpeó reciamente en el pecho.

— Volveremos a poner alguna cosa, dijo José como hablando consigo mismo.

Luego prosiguió en alta voz:

— ¿Y si yo te pidiese, ¡yo! entiendes?... ya que estás triste y sin dinero, si te pidiese yo que me ayudases a un trabajo que necesita precisamente un instrumento seguro y sin escrúpulos, ¿a un rapto, por ejemplo?...

Luis miraba a José como pasmado. Jamás habría esperado de su parte una proposición de ese género. Pero la palabra *rapto* le explicó este misterio. Evidentemente, José conocía la promesa hecha a M. Gigant, y su proposición no tenía otro objeto que echarle en rostro tan indigna promesa.

— ¡Ah! vos lo sabeis todo, exclamó.

Ahora era el turno de José de hallarse atormentado. Pero entraba en su plan de dominación sobre el alma débil de Jacquemin, no parecer jamás sorprendido de nada.

— Tal vez, dijo. Hablemos de nuestro negocio. La joven de cuyo rapto se trata con un objeto que no te es necesario conocer, se llama Ursula Durand. Habita aquí cerca, calle Rambuteau, en casa de un tal M. Gosse.

Cada vez mas, estos pormenores precisos persuadían a Luis que José conocía su vergonzoso compromiso. Cogió las manos de su amigo entre las suyas y exclamó sollozando:

— ¡Perdon! ¡perdon! ¡Sí, habia prometido!... Estaba borracho, estaba loco. Pero os juro que no lo haré.

— ¿Tú habias prometido? dijo José, no sin una mezcla de sorpresa.

— Si, continuó Jacquemin. Deben llevársela esta noche, atraerla a casa de un tal Chinela, cuya hija cuida ella.

— ¡La Pippione! murmuró José.

— ¡Ah! bien se vé que sabeis todo. Pero habeis llegado a tiempo. Comprendo la infamia de la promesa que me he dejado arrancar; pero os juro que haré abortar su plan.

José reflexionaba.

— M. Gigant habia tomado la delantera, se dijo. En efecto, llego a tiempo, por fortuna.

Luis Jacquemin continuaba sus protestas charlatanas. José le hizo callar con un gesto y le dijo:

— Cuéntame, palabra por palabra, ¿cómo está combinado el plan de ese rapto?

— No sé, dijo Jacquemin, mas que lo que me concierne a mí, y a Chinela.

Se debe hacer de manera que la joven se vea obligada a pasar la noche cerca de la Pippione; yo debo estar a media noche en el umbral de la puerta: un coche de alquiler estará a algunos pasos de allí esperando; Chinela me traerá la

jóven dormida — ¿por qué medio? no lo sé; — pero le será tanto mas fácil traérmela sin ser notado, cuanto que en la casa no hay conserje. Desde este instante el negocio es mio; yo debo ponerla en el coche y montar cerca de ella para retenerla é impedir que grite en caso que despertara. En cuanto al punto a donde debe conducirnos el coche, lo ignoro.

Por lo demas, es inútil que machaque sobre todo eso ahora, pues mi firme resolución es no seguir mi consigna.

— Al contrario, repuso José, la seguirás.

— ¿Cómo? exclamó Jacquemin atónito.

— La seguirás hasta el coche exclusivamente.

— ¿Dónde se encontrará ese coche?

— En la esquina de los Mercados. Allí hay siempre coches detenidos delante de las fondas donde se cena.

— Bueno.

— Habrá pues otro coche a algunos pasos, en la dirección contraria de la calle. Se vigilará. Tan pronto como la joven esté en tu poder, el coche se dirigirá hacia tí, y el cochero te gritará:

— ¿Un coche, caballero?

— ¿Y luego? preguntó Jacquemin.

Y luego, la consigna queda la misma: montarás en otro coche y nada mas.

Y al ver que Luis parecia vacilante:

— ¿Con que es cosa convenida? preguntó José.

— Oídme, M. José, contestó Jacquemin, que se habia puesto muy sombrío durante el final de la conversacion, yo no soy muy escrupuloso, ya lo sabeis, puesto que esta promesa que vacilo en haceros, la he hecho a otro una hora antes; pero ved, yo me he acostumbrado a consideraros, a vos, como un ser a parte, una especie de santo extraviado entre esas malas bestias que se llaman hombres. Por malo que uno se haya hecho, M. José, se siente en el fondo del alma la necesidad de venerar y respetar a alguien ó alguna cosa. A vos os habia escogido para eso, pues siempre os he visto tan fuerte, tan recto, tan compasivo, que he llegado a creerlos infalible, como Dios.

— ¿Y qué?

— Hé ahí por qué me apesadumbra el veros mezclado en semejantes historias. Trabajar en esta sucia tarea con un pillastre que no vale mas que yo, es posible; pero ¡con vos! eso me causa alguna cosa... eso me molesta, eso me... en fin, me parece que lo poco bueno que tenia todavía en el alma se pierde al mismo tiempo que disminuye la estimación ilimitada que os habia consagrado.

— ¿Cuándo yo te decia que todo buen sentimiento no estaba extirpado en tu corazón, exclamó José, y que se trataba solamente de soplar en ese brasero para hacer salir la llama pura de tu probidad nativa! Anda, no temas nada, Luis mio, la obra para la cual te comprometo es una obra de bien. Se trata de frustrar los proyectos de M. Gigant y cómplices. Lo que te digo que hagas, Jacquemin, puedes ejecutarlo sin remordimiento; ¿y quién sabe?... Te habia prometido una recompensa muy grande, la labor de esta noche te prepara quizás una muy grata.

Anda, Luis mio, cree en mí, ayúdame, corresponde a los esfuerzos que hago incesantemente para tu rehabilitación, y, al devolvarte tu madre, quizás pueda decirte: — Luis, has reconquistado mas, — has reconquistado a Celina.

— ¡Celina! exclamó Jacquemin, Celina ha muerto.

— ¡Quién sabe! respondió José con esa misma sonrisa misteriosa y dulce que le era habitual.

— ¡Qué importa! dijo Luis. Lo que yo hago es por vos, y desde el momento en que me aseguráis que no hay nada de malo...

— Te lo juro, repuso gravemente José.

— Entonces, replicó Jacquemin, obedeceré.

En la primera pieza, Clemente estaba bebiendo su tercera copita de rosoli con agua.

— Ya era tiempo, le dijo José al reunirse con él, y mañana sin duda hubiera sido demasiado tarde.

— Entonces, preguntó Clemente, ¿es esta noche?

— A media noche en punto. Se trata de proporcionar un coche de alquiler y un cochero.

— Ocupate del coche, en cuanto al cochero...

— ¿Lo tienes?

— ¡Oh! respondió Clemente con una risa franca, ya sabes que uno es industrial; yo conduciré tan bien como otro, y en tal negocio, no es menester tener confianza mas que en sí mismo.

— Entonces, hasta las doce de la noche.

— Hasta las doce.

II

LA FAMILIA GOSSE.

Ha llegado el momento de presentar mas particularmente a nuestros lectores dos personajes que solo han podido entretener en la primera parte de esta relacion.

M. y madama Gosse, tutores interinos de Ursula, habitaban en el cuarto piso de una casa de la calle Rambuteau.

Encima de su morada no habia mas que bohardillas, la una ocupada por la pobre familia Chinela, y otra por nuestro amigo José.

La vivienda de los esposos Gosse era la de los pequeños rentistas: una antesala estrecha y oscura, un comedor amueblado de nogal, un cuarto con alcoba, que madama Gosse llamaba orgullosamente el salon, y al lado de la cocina un gabinete oscuro donde dormia Ursula. Esto era todo.

M. Gosse, cuya levita azul, sombrero pardo y grueso baston, conocia hasta el último pillete del barrio, permanecia instalado todo el día en su cobacha de escribiente memorialista, cerca de San Eustaquio. Respecto de su esposa, habia renunciado años hacia a su profesion de partera; vivia con la rentita que le daban sus ahorros, y se regalaba comiendo golosinas.

Estas golosinas campeaban por su respeto en uno de los estantes del aparador, representadas bajo la forma de tarros y frasquitos con sus rótulos respectivos y multicolores en los que se leia: « cerezas en conserva, curazao, limoncillos en dulce, perfecto amor, etc., etc. »

— Esto restaura el estómago, decia la buena señora. Y Dios sabe cuántas veces por día sentia su estómago débil.

¿De dónde provenian todos estos regalitos y estas rentas? Las comadres del barrio, envidiosas, se inquietaban mucho por saberlo, y no habian podido conseguirlo, por lo que no daban a aquella fortuna misteriosa sino una explicación humillante para M. Gosse.

Se hablaba, entre estas excelentes vecinas, de un señor grueso, bien conservado, envuelto en un ancho gaban castaño, muy finchado, en una palabra, que parecia escoger con preferencia, para las horas de sus visitas a madama Gosse, aquellas en que « el lobo querido », como llamaba ella a su marido, estaba retenido en su covachuela de escribiente memorialista.

Habladorias de comadres. La virtud de madama Gosse, bajo este aspecto, era inmaculada; las guindas con aguardiente y el anisete eran sus únicas flaquezas bien conocidas, y si M. Gigant iba de tiempo en tiempo a visitar a madama Gosse sin anuencia de su marido, era meramente para hablar de negocios con ella.

¿Pero qué negocios podia tener madama Gosse con M. Gigant?

Las vecinas recordaban todavía muy bien que sus primeras visitas habian coincidido con la época en que madama Gosse renunció a su profesion de partera. Tambien estuvo por aquel tiempo ausente durante algunos meses, volviendo despues con un bello angelito en los brazos, muy bien envuelto en ricos pañales.

Era, decia ella entonces, « la hija de una gran señora que estaba encargada de criar, — que algun día aquella niña la haria rica », y otros cuentos por este estilo capaces de hacer dormir de pié.

Las vecinas aparentaban creerlo, pero como las visitas de M. Gigant se habian hecho casi regulares, no se ocultaban para reirse y para hacer mil muecas significativas al pasar M. Gosse.

Y de repente, cuando ya la niña habia crecido, desapareció segun habia llegado, súbitamente, y el visitante con gaban castaño con ella.

Posteriormente, al cabo de algunos años, se volvió a ver al visitante desconocido, madama Gosse habia hecho otra nueva ausencia, de donde volvió con Ursula, y desde este regreso, M. Gigant no dejó pasar un día sin venir a visitar a madama Gosse.

Solamente, como madama Gosse habia envejecido, y sus buenos carrillos redondos se habian llenado de manchas, gracias al anisete y demas licorcillos, las buenas vecinas atribuian estas visitas no ya a madama Gosse, sino a Ursula.

Inútil es decir que esta nueva interpretación de las comadres era tan errónea como la primera.

M. Gigant pensaba tan poco en atentar a la virtud de Ur-